

Desde un miraje personalista, José Isaacson ha discutido largamente a Massuh, alertando contra las generalizaciones y contra los enfoques emotivistas que han indagado el comportamiento argentino sin distinguir, verbigracia, entre las corporaciones privilegiadas y aquellos grupos que no se valen del país para su propio beneficio. Isaacson impugna la socorrida creencia de que en la Argentina no hay discriminación racial y desconfía de la psicologización de los problemas sociales, especialmente en lo tocante al tópico sobre la frustración nacional que, lejos de una fatalidad histórica, es el resultado de condiciones objetivas bien determinadas.

Con la vuelta al Estado de Derecho, surgen diversos esfuerzos conciliadores y aperturistas, como el que propone expresamente Carlos Loprete, quien señala la inconsistencia de restringir el calificativo nacional sólo para las manifestaciones culturales autóctonas, pues el caso argentino denota una simbiosis de lo vernáculo con lo transplantado. Tampoco basta con desplegar todo el arsenal de ascendientes –indígena, criollo, gauchesco, hispánico, latino, germano, eslavo, etc.– sino en admitir que lo argentino constituye una tendencia lanzada hacia la búsqueda permanente. Esa receptividad básica se halla enunciada por Loprete con tal amplitud de miras que parece borrarse todo criterio selectivo –aun dentro del riesgoso orbe tecnológico. Sin embargo, no logra sustraerse con ello al afán de asignarle a los argentinos dudosos atributos fundamentales, como el intelectualismo y un patriotismo sano, la locuacidad y el don de la amistad.

Una impronta análoga puede percibirse en Marcos Aguinis, cuando, pese a objetar el nivel de saturación que se ha verificado con la antojadiza asignación de cualidades y deméritos al argentino medio, no deja de ensayar su propia rotulación, para inclinarse por el resentimiento y el revanchismo, en tanto filiaciones primordiales de nuestra personalidad colectiva.

Marco Denevi, por su lado, se figura a la Argentina como el sitio donde preponderan la verbosidad y el *macaneo*, los políticos tramoyistas, histriónicos y malintencionados. Sus habitantes no saben vivir en democracia, por su falta de madurez y por poseer un espíritu gregario, con inclinaciones hacia el derroche y la dilapidación. A todo ello, la inmigración europea, mediante capitalistas y gerentes de empresa, aportó un componente adulto, de ahorro, laboriosidad y sacrificio. Asimismo, Denevi celebra la indiferencia de la clase obrera argentina hacia el marxismo. Para poder rehabilitarnos e ingresar en el siglo XXI debe producirse un cambio generacional donde se abandone la convicción de que representamos un pueblo predestinado hacia la grandeza.

Cuestionamientos

Buena parte de los trabajos comentados han persistido en plantear el perfil argentino desde semejantes términos disyuntivos.

Quienes postulan una nacionalidad inmune e inalterada, descartan la contribución inmigratoria por adjudicarle un mero propósito lucrativo —como si las luchas gremiales y políticas emprendidas en nuestro suelo por muchos extranjeros no hubiesen aportado al desarrollo equitativo del país. Ello se vincula con el siguiente *parti-pris*: mientras el liberalismo decimonónico ha provocado graves deformaciones, nada semejante ocurrió con la raigambre española, la cual es imbuida de un cuño legitimizador en sí mismo. Las tesis contractualistas son juzgadas sólo como artificios abstractos, sin advertir que ellas han colaborado para forjar un imaginario más justiciero acerca del gobierno, concebido como producto de la asociación humana y no según una derivación absolutista presuntamente divina. Si bien se lamenta la subestimación o el exterminio del indígena llevado a cabo bajo premisas positivistas y darwinianas, pragmáticas y ateas —sin ninguna matización ni excepcionalidad—, se omite en cambio la inconmensurable devastación perpetrada por los conquistadores de cruces y espadas.

Paralelamente, se cometen varios simplismos, como adjudicar a los sectores ilustrados un pensamiento puramente imitativo del europeo, o reducir los principales trastornos del país a la oposición en bloque entre las provincias y la metrópoli porteña. A esta última se le atribuye el empobrecimiento del interior, erigido en el centro verdaderamente creativo, con lo cual se pasan por alto las fuerzas retardatarias que también operan en el medio rural, los grupos propensos al cambio que se mueven en Buenos Aires y la penetración de la campaña en el área citadina. La misma descripción que se ofrece del derrotero histórico nacional, con interregnos esplendorosos o de decadencia total, insinúa un enfoque equivalente al que exhibía la objetada visión iluminista. ¿Acaso el propio nacionalismo argentino más xenófobo no ha abrevado hasta el plagio en modelos y particularidades *foráneas*, sin sobrepasar las actitudes declamatorias?

Diversos reparos corresponde formular hoy a las caracterizaciones metafísicas donde lo nacional aparece como una sustancia invariable, con una neta separación entre lo femenino y lo masculino, lo europeo y lo americano. Pese a su presunta profundidad, se trata por lo general de interpretaciones declaradamente alejadas de los factores sociopolíticos y económicos, sin resultarles extraño el irracionalismo de la sangre, el destino y la tierra. El propio Keyserling viene a reforzar una dilatada valoración que